



FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

RELACIÓN ENTRE CLIMA FAMILIAR, PROBLEMAS EMOCIONALES- CONDUCTUALES Y MECANISMOS DE AFRONTAMIENTO EN ADOLESCENTES

Autor: Irene Gil Jorge

Directora profesional: Vanesa Lara López-Agrelo

Tutor metodológico: Jose Manuel Caperos

Madrid

Mayo 2017

0



**RELACIÓN ENTRE CLIMA FAMILIAR, PROBLEMAS EMOCIONALES-CONDUCTUALES
Y MECANISMOS DE AFRONTAMIENTO EN ADOLESCENTES**

Irene
Gil
Jorge

Resumen

El presente estudio tuvo como objetivo evaluar la relación que existe entre el clima familiar, entendido como el grado de cohesión, expresividad y conflictos entre padres e hijos, y los problemas emocionales-conductuales de los adolescentes y sus mecanismos de afrontamiento (problemas de regulación emocional, autoestima y competencia social). Así mismo, se analizó cuáles de las dimensiones del clima familiar predicen mejor dichas variables. La muestra fue constituida por 101 sujetos entre 12 y 14 años (49 mujeres y 52 hombres) y se utilizaron dos instrumentos: el FES (*Escala de Clima Social en la Familia*) y el SENA (*Sistema de Evaluación de Niños y Adolescentes*). Los resultados mostraron que las dimensiones del clima familiar están relacionadas entre sí, indicando que los adolescentes que perciben cohesión en la familia también sienten alta expresividad emocional y bajos conflictos. Así mismo, los datos sugieren que existe relación entre la percepción de un buen clima familiar y el ajuste emocional como conductual del adolescente, siendo la cohesión y expresividad emocional variables significativas a la hora de desarrollar ambos problemas, sin embargo, el conflicto no parece ser relevante para los problemas emocionales. En relación a los mecanismos de afrontamiento, es posible concluir que el clima familiar se relaciona de manera significativa con la autoestima y la competencia social, sin embargo, únicamente se ha encontrado relación significativa entre cohesión y expresividad con los problemas de regulación emocional. Finalmente, se puede concluir que la variable cohesión mejora la predicción de los problemas emocionales-conductuales y los tres mecanismos de afrontamiento.

Palabras clave: clima familiar, problemas emocionales, problemas conductuales, problemas de regulación emocional, autoestima, competencia social.

Abstract

The current study aimed to evaluate the relationship between the family environment, understood as the degree of cohesion, expressiveness and conflicts between parents and children, and the emotional-behavioral problems of teenagers and their coping mechanism (emotional-regulation problems, self-esteem and social competence). In addition, there was an analysis of the dimensions of the family climate that predict those variables. A sample of 101 subjects between 12 and 14 years old (49 female and 52 male) was used, and two elements were utilized to measure the variables of the study: "FES" and "SENA". The results showed that the dimensions of the family environment are interconnected, indicating that teenagers who perceive cohesion in their families also feel highly emotional expressiveness and low conflicts. Likewise, the data suggest that there is a relationship between the perception of a good family environment and the emotional and behavioral adjustment of the teenager, being the cohesion and emotional expressiveness significant variables in the development of both problems. However, the conflict does not seem to be relevant for the emotional problems. With regard to the confronting mechanism, it is possible to conclude that the family environment is significantly related to self-esteem and social competence. Nevertheless, a significant relationship between cohesion and expressiveness with emotional regulation problems has been found. Lastly, we can conclude that the variable of cohesion improves the prediction of emotional-behavioral problems and the three confronting mechanisms.

Key words: family environment, emotional-behavioral problems, emotional regulation problems, self-esteem and social competence

La familia como sistema

Según el modelo sistémico la familia se entiende como un sistema, dado que se constituye por la suma de sus partes las cuales son interdependientes, interactúan entre sí, y además tienen un propósito en común (Pillcorema, 2013). Dicho sistema se define como la unión de individuos que participan en un proyecto de vida conjunto, al cual sienten que pertenecen, donde existe un compromiso particular entre sus miembros y se fijan intensas relaciones de confianza, dependencia y reciprocidad (Ferrer, Miscán, Pino y Pérez, 2013). El primer y principal escenario de desarrollo para un adecuado progreso y adaptación en la infancia es la familia. De este modo, ésta representa para el sujeto un sistema donde está permitido participar, pero de la misma manera que uno contribuye al grupo también se le exige el cumplimiento de unas normas tanto implícitas como explícitas. Se le responsabiliza de proveer los cuidados básicos a sus miembros, convirtiéndola así en el motor principal para el desarrollo emocional, social y físico del adolescente (Suarez y Rojero, 1983).

El papel de la familia es especialmente importante para los niños y adolescentes. La adolescencia se considera un periodo de vulnerabilidad, ya que los menores se encuentran en una etapa de transición a la adultez, por ello existe la necesidad de conocer los problemas sujetos a esta fase (Latimer y Zur, 2010). Así mismo, López (2014) sugiere que éste es un periodo de cambio, de vivir nuevas experiencias, de transición, y desafíos para uno mismo y para la familia. Según Hurlock (1982) las familias por un lado deben dirigirse a promover el adecuado desarrollo de la identidad del adolescente y, por otro lado, poseen como propósito la adaptación del menor a la vida en comunidad. Para que el sistema logre estos objetivos y consiga unas condiciones idóneas, el contexto debe ser favorable para ello y es indispensable que se presenten las próximas características : (a) adecuado grado de comunicación entre sus componentes, (b) consenso en el subsistema parental sobre valores, (c) perseverancia de las interacciones sociales y (d) comportamiento afectivo entre los individuos, siendo estas imprescindible para crear un buen clima familiar (Pichardo, Fernández y Amezcua, 2002; Rodríguez, Herrera, Lorenzo y Álvarez, 2008).

Diversos modelos sobre la evaluación del clima familiar se centran en dos conceptos: cohesión y adaptación en concreto. En su modelo McMaster, Baldwin (1983) sugiere que la competencia fundamental de la familia es mantener el equilibrio de sus miembros ajustándose a las diferentes fases y haciendo frente a las dificultades que se le plantea de forma efectiva. Minuchin (1984), en cambio, centra su modelo estructural en la concepción de que la familia actúa a través de pautas transaccionales como son el cómo, el cuándo y con quién relacionarse, dirigiendo la atención a las expectativas de los miembros del sistema de acuerdo con el grado de cohesión que poseen entre sí (citado en López, Barrera, Cortés, Guines, y Jaime, 2011). Ambos

modelos destacan la importancia de un equilibrio y adecuado funcionamiento familiar para lograr un óptimo desarrollo de los individuos que componen el sistema.

Clima familiar en la adolescencia

El clima familiar es la interacción que surge entre los individuos que componen una familia y está ligado a características socioambientales como son la estructura, la organización, las relaciones interpersonales o el funcionamiento familiar (Freedman, 1980; Mikulic, 2010; Pichardo et al., 2002). Todos estos factores influyen en el crecimiento del adolescente y como consecuencia, en su salud a nivel biopsicosocial (Rodríguez et al., 2008).

La dinámica familiar es un término que va unido al funcionamiento familiar. Según la perspectiva sistémica, un clima familiar positivo se define como un ambiente que se fundamenta en la compenetración, confianza y apoyo entre los miembros, como también la existencia de una buena comunicación, intimidad y cohesión afectiva entre padres e hijos. Los autores concluyen que el potenciar estas dimensiones fomenta el ajuste conductual y psicológico de los adolescentes (Lila y Buelga, 2003; Musitu y García, 2004; citado en Moreno, Estévez, Murgui, y Musitu, 2009). En cambio, un clima familiar negativo no dispone de las dimensiones indicadas anteriormente, se caracteriza por dificultades de comunicación, déficit tanto de apoyo como de afecto entre los miembros y problemas de los menores para desarrollar habilidades sociales con sus iguales como para aumentar la empatía. El ambiente familiar negativo se ha asociado con la aparición de problemas conductuales en los menores (Bradshaw, Glaser, Calhoun y Bates, 2006; Dekovic, Wissink y Meijer, 2004; citado en Moreno, et al., 2009).

Para Olson (1989) el funcionamiento familiar tiene como ejes principales, por un lado la interacción de vínculos afectivos entre los individuos y, por el otro, la posibilidad de modificar su estructura para así superar los obstáculos evolutivos de la familia (Ferrer-Honores, et al., 2013). El modelo Circumplejo de Olson (1989), sopesado como uno de los más relevantes, considera que la familia debe realizar cambios en su estructura para alcanzar una buena cohesión y adaptación que ayude al sistema a conseguir una estabilidad para que el adolescente pueda desarrollarse en un ambiente favorable. El concepto de cohesión consta de dos dimensiones: el nivel de vinculación emocional que los individuos de una familia mantienen entre sí (expresado mediante el interés y ayuda que se prestan) y el grado de autonomía que experimentan y desarrollan dentro del sistema (Ferrer-Honores, et al., 2013). Dicho de otra forma, los miembros de la familia se ayudan mutuamente y están comprometidos pero manteniendo siempre un grado de individualización y autonomía para un desarrollo óptimo de cada individuo. Es la capacidad que tiene el sistema para darse soporte mutuamente, así como para tomar decisiones en grupo (Moos, 1976; citado en Simon, Stierlin y Wynne, 1988).

En cuanto a la expresividad, ésta hace referencia al grado en que los individuos del sistema expresan sus emociones y son estimulados a actuar abiertamente, mientras que el control se centra en saber en qué medida los sujetos aceptan un conjunto de normas y reglas establecidas para mantener la supervivencia del sistema (Bonvehí, Llar, Forns, y Montserrat, 1996). Dentro del ámbito del clima familiar, el conflicto que se puede generar entre el sistema conyugal es perfectamente normal y sano dentro de unos límites, sin embargo, cuando los desacuerdos y los conflictos logran alcanzar grados demasiado altos de ansiedad y rabia, pueden tener un efecto contraproducente para el desarrollo del menor. No obstante, se debe tener en cuenta que el grado de conflicto que perciben los adolescentes viene determinado por la evaluación que estos hagan de la situación, según factores personales como situacionales (Pichardo et al., 2002).

Minuchin (1984) considera que cuando una familia instituye con claridad los límites que se deben respetar, se establece un parámetro eficaz para evaluar el funcionamiento del sistema. Por un lado, se encuentran las familias aglutinadas que se caracterizan por unos límites difusos, baja diferenciación, difícil adaptación a acontecimientos nuevos y excesivo sentimiento de dependencia, haciendo que los miembros del sistema renuncien a su autonomía. Esto es, la forma de regularse de estas familias pone de manifiesto procesos homeostáticos rígidos que obstaculizan la adaptación al cambio (Milán y serrano, 2002). Por otro lado, se encuentran las familias desligadas en la que los límites entre los subsistemas son rígidos, pero en cambio, se caracterizan por su permeabilidad en las funciones con el exterior, cambiando de esta manera el funcionamiento familiar de forma exagerada, considerándose, así como un sistema inestable. Además, mantienen una excesiva separación emocional y nula involucración entre sus miembros. Por último, se encuentran las familias funcionales, donde se ubican la mayor parte de los sistemas (Minuchin, 1979). Los límites en esta familia son claros, permitiendo así un adecuado progreso de las funciones de cada miembro sin interferir entre subsistemas, pero manteniendo el contacto entre ellos.

En trabajos de Minuchin (1978) y Onnis (1985) se explica cómo las familias que intentan evitar tensiones emocionales y conflictos, eligen el aislamiento como mecanismo de afrontamiento, por tanto, no se permite la expresividad. Se percibe una notoria falta de comunicación en este tipo de sistemas, convirtiéndose el síntoma en el lenguaje del adolescente. Un lenguaje que en ocasiones deriva en síntomas físicos en el niño y, en otras ocasiones, se desplaza a la totalidad del ambiente familiar (Liebman, Minuchin, y Baker, 1974). De igual modo, estos estudios han proporcionado y descrito un tipo de familia psicósomática donde las fronteras no están bien delimitadas, con inclinación a la intrusión tanto a nivel físico como emocional de los miembros, sintiéndose así con poca libertad de poder expresar sus desacuerdos. Así mismo, los vínculos son complejos, dificultando de esta manera la

individualización y la autonomía. En la investigación de Rivero-Lazcano, Martínez-Pampliega y Iraurgi (2011) los resultados hallados muestran que en las familias donde se da un liderazgo desorganizado y roles confusos, el número de síntomas psicosomáticos en los miembros es mayor que en las familias donde se consentía la expresión de las emociones al igual que la reciprocidad de pensamientos, ideas y sentimientos.

El marco teórico del modelo del Clima Social de Moos (1974) es la base sobre la cual se fundamentan el presente estudio. Para este autor, el ambiente de un sujeto es un factor decisivo para su bienestar y asume que es fundamental para formar el comportamiento humano. Del mismo modo, considera que la combinación de las variables psicosociales y organizacionales como físicas de un determinado grupo con un ambiente específico, influyen en el desarrollo del sujeto (Waldo, 2001). Este modelo se apoya en la teoría de la psicología ambientalista, la cual explica cómo influye el ambiente en los aspectos psicológicos de un individuo y viceversa, es decir, se interrelacionan (Kemper, 2000). Estudia las conexiones que hay entre el medio ambiente y el hombre, afirmando que las personas se adaptan al ambiente para poder evolucionar, pero modificando a su vez el entorno.

En la literatura se hallan investigaciones (Cummings, Goeke, y Papp, 2003; Oliva, Parra, y Sánchez, 2002; citado en Estévez, Moreno, Murgui, y Musitu, 2008) donde se muestra la relación que se origina entre la percepción de un clima familiar positivo y el ajuste personal de los adolescentes, determinando éste como un ajuste integral del menor tanto a nivel emocional como conductual. De esta manera, cuando el clima familiar es negativo por la ocurrencia de demasiados conflictos, dificultades de comunicación entre el subsistema parental y filial o por la falta de cohesión afectiva, los adolescentes pueden desarrollar tanto conductas disruptivas y antisociales (Nunes, Rigotto, Ferari, y Marín, 2012) como problemas emocionales, entre los cuales se encuentran la depresión, ansiedad, estrés y sentimiento de soledad (Liu, 2003).

Problemas emocionales y conductuales

Achenbach, Edelbrock y Howell (citado en Alarcón y Bárrig, 2015) establecen dos grupos generales de dificultades: (1) conductas emocionales o internalizantes, que incluyen expresiones de comportamientos depresivos, ansiosos y problemas somáticos y (2) conductas externalizantes que se refieren a problemas asociados con la desobediencia, falta de atención, agresividad y conducta delictiva. En el momento en que el clima familiar no es el idóneo por la presencia de conflictos, falta de expresividad o cohesión y apoyo entre los individuos, es más probable que los factores ambientales estresantes incidan sobre los menores, favoreciendo así problemas tanto internos como externos (Harold y Conger, 1997; Ostrander, Weinfurt y Nay, 1998; citado en Pichardo y Amezcua, 2001).

Según Flouri y Buchanan (2003), entre los factores de protección se encuentran tener una alta autoestima, destacar a nivel académico y poseer una adecuada relación con los padres y con los iguales. Por el contrario, según este mismo estudio, la ausencia de algún progenitor, los conflictos dentro de la familia y dificultades sociales, son factores que se han relacionado con problemas emocionales y conductuales. Roosenberg (1965) afirmó que los conflictos entre padres pueden generar en el adolescente sentimientos de tristeza y malestar, los cuales se relacionan con una baja autoestima e insatisfacción. En la línea de esta investigación, Ostrander, Weinfurt y Nay (1998), encuentran que los síntomas depresivos se han relacionado con factores del clima familiar en adolescentes, destacando la cohesión familiar como determinante para la manifestación de síntomas depresivos. Además, en el estudio de López, Barrera, Cortés, Guines y Jaime (2011) se señala que familias con baja adaptación y baja cohesión presentan niveles más elevados de depresión y ansiedad, esto se da tanto en los propios pacientes como en sus familiares. Así mismo, Pérez, et al., (2007) destacan la relación entre síntomas depresivos y disfunción familiar.

Slee (1996) en su estudio confirma que las madres de niños que tenían desórdenes de conducta antisocial percibían en su familia una baja cohesión, escasa o nula expresión de sentimientos, abundantes conflictos y pobre organización familiar. De esta forma, un clima conflictivo y un escaso apoyo entre los componentes del sistema se convierten en uno de los principales motivos para generar problemas de conducta. Según algunos estudios (Decker y Christenson, 2007; citado en Moreno, et al., 2009) tanto la actitud de los adolescentes hacia la autoridad como el entorno familiar son factores relevantes para el desarrollo de comportamientos violentos. De hecho, cuando el clima familiar es negativo existe mayor probabilidad de que el adolescente escoja la violencia como estilo de comportamiento (Chermack y Walton, 1999). Cuando los adolescentes perciben un clima familiar donde se fomenta la cohesión, el apoyo, la intimidad y confianza entre sus miembros, el ajuste conductual y psicosocial de los adolescentes se ve potenciado (Lila y Buelga, 2003, Musitu y Cava, 2003; Musitu, Jiménez y Povedano, 2008; citado en Estévez et al., 2008).

Según la prevalencia de los síntomas comportamentales y emocionales en adolescentes españoles, Fonseca-Pedrero, Paino, Lemos-Giráldez, y Muñiz, (2011) hallan, con una muestra de 1319 menores en la cual la edad comprendía entre los 14 y 17 años, que entre el 11,6 y el 34,6% de los adolescentes presentan alguna dificultad de carácter emocional y entre el 5,9 y el 25,7% algún problema de comportamiento. Así mismo, Ortuño, Fonseca-Pedrero, Paíno, y Aritio (2014) hallaron en una muestra de 508 estudiantes entre 11 y 18 años, que entre un 8,7 y un 22,6% de los menores informaron de síntomas emocionales mientras que un 2,4 y un 14,6% de tipo conductual. Los resultados encontrados en estas dos investigaciones coinciden, por lo que se puede manifestar que la tasa de sintomatología afectivo-comportamental en la población

infanto-juvenil empieza a ser notoria. Considerando exclusivamente las dificultades emocionales, López Soler, Alcántara, Fernández, Castro, y López Pina, (2010) han obtenido de una muestra de 300 sujetos entre 8 y 12 años una prevalencia del 54% en problemas de ansiedad, un 32% en alteraciones afectivas y un 29% de quejas somáticas.

En cuanto a la prevalencia de trastornos psicológicos en niños y adolescentes, en el estudio de Alaez, Martínez-Arias y Rodríguez-Sutil (2000) los resultados obtenidos, según una muestra clínica de 404 sujetos entre 0 y 18 años, se distribuyen en un 23% los trastornos de conducta, seguidos de los depresivos con un 14,6% y de ansiedad un 13,3%, siendo estas tres categorías diagnósticas las más prevalentes. Si se comparan estos resultados con los de otras investigaciones semejantes como la de Bradago et al., (1995) son similares, ya que los trastornos más diagnosticados fueron los conductuales con un 34,7% y de ansiedad un 26,7%. Los porcentajes señalan que la adolescencia es una etapa para el desarrollo donde las dificultades comportamentales y emocionales son bastante frecuentes.

Mecanismos de afrontamiento: Regulación emocional, autoestima y competencia social

Habitualmente, el ambiente familiar ha mostrado una fuerte relación con la socialización de las emociones. Se ha defendido que la familia es la principal escuela para la alfabetización emocional, convirtiéndose así en un contexto fundamental donde se cimientan las competencias emocionales de los infantes (Sánchez-Núñez y Postigo, 2012). Además, para que se dé un desarrollo óptimo de estas aptitudes los padres deben crear un clima familiar favorable. La forma en la que los progenitores prestan atención a las necesidades de sus hijos, demuestran empatía y expresan sus sentimientos en familia, permite que los adolescentes tengan menor predisposición a desarrollar problemas de regulación emocional (Gil-Olarte, Guil, Serrano, y Larrán, 2014).

Diversas investigaciones (Salovey, Mayer, Caruso y López, 2001; citado en Sánchez, 2007) han concluido que la Inteligencia Emocional (IE) de los progenitores se relaciona de manera positiva con el afecto, las conductas de carácter social y relaciones eficaces de los adolescentes con sus iguales y familiares. Por tanto, se concluye que el grado de IE que han alcanzado los padres influye a la hora de crear un clima familiar positivo con el propósito de que los hijos puedan desarrollarse de manera adecuada y aprendan a regularse emocionalmente.

Los modelos más relevantes sobre IE en la actualidad y que mayor apoyo empírico han recibido, aunque su planteamiento sea diferente, son el de Mayer y Salovey (1990) y el de Daniel Goleman (2000). En referencia al primer paradigma, define la IE como una habilidad básicas la cual tiene como propósito integrar la razón y la emoción (Sánchez, 2007). Este

modelo integra cuatro componentes conectados y relacionados entre sí, por lo que sin el adecuado progreso de alguno de ellos no sería posible llevar a cabo el resto: (a) percepción y expresión emocional; (b) capacidad para manejar las emociones y de este modo facilitar el pensamiento; (c) comprensión emocional; (d) regulación emocional (Salmerón, 2002; Sánchez, 2007). Respecto al segundo modelo, el de Daniel Goleman (2000), rechaza el vocablo IE y su propuesta es sustituirlo por el de competencias emocionales. Define el concepto como rasgos de personalidad y recursos necesarios para una eficaz ejecución dentro de un contexto dado (Sánchez, 2007). Este autor desarrolló su teoría en base a la de Salovey y Mayer (1990) pero en su caso incorpora diversos paradigmas de la psicología de la personalidad y social, dejando a un lado una visión cognitiva exclusivamente. En esta línea, el autor incluye dos tipos de competencias; por un lado, las personales, que se centran en reconocer las propias emociones y la capacidad de regularlas así como de controlarlas, y por otro lado las sociales, las cuales se focalizan en el manejo de las relaciones sociales y en la identificación de las emociones ajenas (Bisquerra y Pérez, 2007).

La regulación emocional, según el modelo de Mayer y Salovey (1990), se define como la capacidad de dirigir los estados emocionales y aceptar tanto emociones agradables como displacenteras. En cambio, Thompson entiende este concepto como aquellos procesos que evalúan las reacciones emocionales de las personas para poder modificarlas con el fin de conseguir sus metas (Thompson, 1994; citado en Hervás y Jódar, 2008). Es decir, es la capacidad de dar respuesta a las demandas del entorno con las emociones que sean socialmente adecuadas, así como tener la capacidad y flexibilidad suficiente para aplazar reacciones según lo requerido por la situación (López, Barrera, Cortés, Guines y Jaime, 2011). Este proceso ayuda a regresar a nuestro estado de ánimo previo y parece estar relacionado con la manifestación de diversos problemas psicológicos (Hervás y Vázquez, 2006).

Investigaciones como la de Zhou et al., (2002) se han centrado en estudiar competencias emocionales específicas como la expresividad de los padres. Observó que cuando la expresividad emocional era positiva interfería en la empatía entre padres e hijos, además concluyó que existe relación significativa entre la conducta emocional de estos (Valiente y Eisenberg, 2006; citado en Sánchez-Núñez y Postigo, 2012). De este modo, es posible afirmar que la socialización de las competencias emocionales se origina por la interacción familiar, las características emocionales tanto de los progenitores como de los hijos y del ambiente familiar (De la Torre, et al., 2011).

Los estudios de Mestre, Güil y Guillén (2003) y Gil-Olarte, Guil, Serrano y Larrán, (2014) se basaron en el modelo de IE de Goleman (1995) y los resultados de estos estudios mostraron que las familias cohesionadas y que promueven tanto la expresión de sentimientos

como las actividades culturales e intelectuales, se relacionan con individuos que manifiestan tener conductas emocionalmente más inteligentes. De esta manera, si los adolescentes observan a sus padres con transparencia tienden a considerar a sus familias con mayor cohesión, organizadas y expresivas (Sánchez-Núñez y Postigo, 2012). Del mismo modo, la imagen que el sistema parental transmite a los adolescentes sobre las habilidades emocionales que los menores poseen influye en el clima familiar (Zeidner, Matthews, Roberts y MacCann, 2003).

En esta línea, en el estudio de Bermúdez, Teva y Sánchez (2003) descubrieron que existe relación positiva entre puntuaciones significativas en IE y el bienestar psicológico, manifestando así que los sujetos que presentan mayor regulación emocional informan tener una mayor autoestima. Además, cuanto mayor expresividad y claridad emocional haya en la familia mejor sabrán regularse los individuos y tendrán una mayor IE (Páez, Fernández, Campos, Zubieta, y Casullo, 2006).

Dentro del ámbito de los recursos que pueden tener los adolescentes, la autoestima ha sido un factor ampliamente estudiado. Coopersmith (citado en en Lara-Cantu, Verduzco, Acevedo y Cortés, 1993) define la autoestima como un juicio personal en relación a la valía, que se expresa en las actitudes que la persona toma hacia su propio ser. Es una experiencia subjetiva que se comunica al entorno de manera verbal o mediante conducta manifiesta. Si consideramos que la autoestima está determinada por las experiencias que vivimos las personas, se puede estimar que el clima familiar es un elemento clave y que tiene influencia en la definición de nuestra autoimagen. Cooper (1983) propuso que si se valora la cohesión familiar desde la percepción del adolescente, la influencia que esta tiene sobre la autoestima es muy significativa. Así mismo, la baja autoestima se relaciona significativamente con la presencia de excesivos conflictos entre los progenitores y los hijos, y como consecuencia, tendrán menos recursos para hacer frente a sus propias dificultades, así como una pobre adaptación personal (Pichardo et al., 2002; Raschke y Raschke, 1979). Los menores se valoran y describen a sí mismos de la manera en que son vistos y valorados por sus padres, integrando así creencias que el entorno les comunica y forjando su autoestima (Mestre, Samper y Pérez, 2001). Es importante conocer el clima familiar en el que se desarrolla el adolescente ya que suponemos que si es el adecuado, este será valorado de manera que fortalezca su autoestima. Según el estudio de Mestre, Samper y Pérez (2001) se instaura una correlación positiva entre el nivel de autoestima del menor que se encuentra en proceso de desarrollo y el nivel de clima familiar en el que vive.

De igual manera en el ámbito de la psicología, ha habido un gran interés por saber cómo afecta el clima familiar y la función que cumplen los padres en el desarrollo de competencias sociales de los menores. Masten et al., (1995) definen este concepto como la capacidad que tiene un individuo para ajustarse a las exigencias de una determinada situación, por lo tanto, si

se habla de competencia social se habla al mismo tiempo, del contexto y de las habilidades individuales (Rendón, 2007). Teniendo en cuenta de que los padres inciden en la conducta social de sus hijos, la experiencia del adolescente dentro de su familia se convierte en fundamental. Para el menor la familia es el central y primario agente socializador del cual incorpora los valores, creencias, normas y tipos de conductas adecuadas para la sociedad a la que corresponde (Estévez et al., 2008; citado en Verdugo et al., 2014). De esta manera, el sistema parental influye de manera determinante en el desarrollo de competencias de adaptación social de sus hijos.

Diversos autores (Bernedo et al., 2007; Jaramillo, Pérez y González, 2013; Moreno et al., 2009; Omar et al., 2010; Parra y Oliva, 2002; Povedano et al., 2011; Reina, Oliva y Parra, 2010; citado en Aragón y Bosques, 2012) destacan la importancia de mantener una comunicación asertiva en la familia, sopesar las necesidades que puedan tener los adolescentes dentro del sistema, negociar, entre otras cosas, para influir de manera adecuada en el comportamiento social de los menores a la hora de amoldarse a diferentes entornos. Por todo lo comentado anteriormente, el clima familiar puede ser una parte importante para la comprensión y funcionamiento del adolescente en la sociedad, ajustándose a ésta de la mejor manera posible.

Según Hetherington (1989), las relaciones que se puedan establecer con los iguales serán notablemente más importantes cuando el clima familiar no sea el idóneo. De la misma manera, las asociaciones encontradas entre percepción de competencia social y niveles de amistad en adolescentes eran mayores cuando la cohesión entre las familias era menor (Aguan-Asee y Sippola, 1996; citado en Pichardo et al., 2002). En esta línea, se puede considerar que la amistad tiene mayor valor para los adolescentes cuando el clima familiar no es el óptimo, convirtiéndose los amigos en una fuente de apoyo. Por el contrario, hay estudios como el de Verdugo et al., (2014) donde los resultados señalaron que a mayor cohesión familiar el adolescente mostraba mayor capacidad de adaptación social. Como indican las diferentes conclusiones de diversos estudios, conviene seguir estudiando la relación que existe entre el clima familiar y la competencia social para garantizar el bienestar psicológico del menor.

Objetivos e hipótesis

El objetivo general de este estudio es analizar la relación que existe entre el clima familiar y los problemas emocionales-conductuales de los adolescentes, junto a sus mecanismos de afrontamiento. Para ello, en primer lugar, se analiza específicamente la relación que mantienen las dimensiones que caracterizan el clima familiar (cohesión, expresividad y conflicto), así como el tipo de relación existente de los problemas emocionales y conductuales, entre sí, y entre los mecanismos de afrontamiento. En segundo lugar, analizaremos la relación entre el clima familiar con los problemas emocionales-conductuales y con los mecanismos de

afrontamiento (problemas de regulación emocional, autoestima y competencia social). A su vez, exploraremos qué subescalas específicas de los problemas emocionales y conductuales se relacionan de manera significativa con el clima familiar. Finalmente, analizaremos cuales de las dimensiones del clima familiar predicen mejor la aparición de problemas emocionales-conductuales y el desarrollo de los mecanismos de afrontamiento. En relación a estos objetivos se plantean las siguientes hipótesis:

1. Que exista correlación positiva entre cohesión y expresividad familiar, en cambio, se espera hallar que el conflicto establezca una correlación negativa con las otras dos dimensiones.
2. Que aparezca relación significativa positiva entre problemas emocionales, conductuales y de regulación emocional, como también entre las variables autoestima y competencia social. Sin embargo, se espera encontrar una relación significativa negativa entre las variables que miden distintas problemáticas (problemas emocionales y conductuales) y los problemas de regulación emocional con la autoestima y competencia social.
3. Que aquellos sujetos que presenten un buen clima familiar (alta cohesión, alta expresividad y bajo conflicto) obtengan menores puntuaciones en problemas emocionales, conductuales y de regulación emocional, en cambio, presenten mayores puntuaciones en autoestima y competencia social.
4. Que se establezca correlación positiva entre cohesión y las subescalas específicas de problemas emocionales y conductuales como también entre expresividad y dichas variables específicas. En cambio, se espera encontrar correlación negativa entre conflicto y las subescalas mencionadas.
5. Que el tipo de relaciones mantenidas dentro del clima familiar (cohesión, expresividad y conflicto) predigan la aparición y/o mantenimiento de problemas emocionales-conductuales y de regulación emocional, así como la autoestima y competencia social.

Método

Participantes

En la presente investigación participaron 101 sujetos, de los cuales 49 eran mujeres (48,51%) y 52 hombres (51,49%). Del total de los participantes, 70 eran alumnos y alumnas del Colegio La Salle Sagrado Corazón situado en la ciudad de Madrid y 31 eran del Colegio La Salle San José, ubicado en el País Vasco, concretamente en Beasain. Ambos centros son

concertados, mixtos y religiosos, concretamente cristianos y lasalianos. Los alumnos y alumnas cursaban 1º y 2º de la ESO, comprendiendo así las edades entre los 12 y los 14 años. Los participantes respondieron a los cuestionarios de forma anónima y con previo consentimiento de los padres o tutores.

Instrumentos

Escala de Clima Social en la Familia (Family Environment Scale FES; de Moos, Moos y Trickett, 1974) adaptada al castellano por Fernández-Ballesteros y Sierra (1989). Esta escala valora las características socioambientales de la familia en la que se describe y evalúa las relaciones interpersonales entre los miembros, la organización y estructura básica. La prueba tiene como propósito analizar la percepción actual que tienen los miembros del sistema acerca del ambiente familiar. Está formada por 90 ítems, que muestran un formato de respuesta dicotómica de verdadero-falso en relación a la percepción que el sujeto posee del ambiente familiar en un rango de 0 a 9. Los ítems se agrupan en diez subescalas que explican tres dimensiones principales:

1) Dimensión Relaciones: Cohesión (CO), grado en que los miembros de la familia se apoyan y ayudan entre ellos (fiabilidad = . 78); Expresividad (EX), grado en que se consiente a los individuos del núcleo familiar expresar libremente y abiertamente sus sentimientos (fiabilidad =. 69); Conflicto (CT), grado en que se manifiestan las situaciones de agresividad y conflicto entre los individuos del sistema (fiabilidad =. 75).

2) Dimensión Desarrollo: Autonomía (AU), grado en que los miembros del núcleo familiar toman sus propias decisiones y están seguros de sí mismos (fiabilidad =. 61); Actuación (AC), hace referida al grado de competitividad que se da en las actividades familiares (fiabilidad=. 64); Intelectual-Cultural (IC), grado de interés por parte de la familia en las actividades políticas, sociales, intelectuales y culturales (fiabilidad=. 78); Social-Recreativo(SR), mide el grado de participación en actividades recreativas y sociales (fiabilidad =. 67); Moralidad-Religiosidad (MR), importancia que se le atribuye a los aspectos de tipo éticos y religiosos en la familia (fiabilidad =. 78).

3) Dimensión estabilidad: Organización (OR), evalúa la importancia que se le concede a la organización de las actividades y responsabilidades de la familia (fiabilidad =. 76); Control (CN), grado en que la familia se ajusta a reglas y procedimientos establecidos (fiabilidad =. 67).

Sistema de Evaluación de Niños y Adolescentes (SENA, Fernández-Pinto, Santamaría, Sánchez-Sánchez, Carrasco y del Barrio, 2015). Los datos sociodemográficos se recogieron mediante este cuestionario. Es un instrumento indicado para la detección de un extenso espectro de problemas emocionales y conductuales en sujetos entre 3 y 18 años. Está

compuesto por un total de nueve cuestionarios agrupados en tres niveles de edad, (1) Infantil, 3-6 años, (2) Primaria, 6-12 años, (3) Secundaria, 12-18 años. Incorpora cuestionarios específicos para recabar información que aporta la familia y la escuela, ya que son los principales contextos donde se desenvuelve el menor. Así mismo existen tres modelos de informes (autoinforme, familia y escuela) según la edad del sujeto evaluado, contando con un total de nueve cuestionarios diferentes. En el presente estudio, se ha elegido el cuestionario que corresponde al autoinforme de secundaria, ya que lo rellenan los propios individuos que están cursando 1º ESO y 2º ESO. Está formado por 188 ítems y el formato de respuesta que dispone es una escala de cinco puntos (1 nunca o casi nunca, 2 pocas veces, 3 algunas veces, 4 muchas veces, 5 siempre o casi siempre). El instrumento posee un enfoque multidimensional y ofrece la posibilidad de evaluar un amplio contenido mediante cuatro bloques de escalas: escalas de problemas, de vulnerabilidad, de problemas contextuales y de recursos personales. En cuanto a la primera escala, se distribuye a su vez en diferentes grupos según el principal trastorno que evalúe, es decir, por un lado se encuentran los problemas interiorizados donde se integran las escalas de Depresión (DEP) .90, Ansiedad (ANS) .84, Ansiedad Social (ASC) .85, Quejas somáticas (SOM) .80, Sintomatología postraumática (PST) .82 y Obsesión-compulsión (OBS) .66, y por otro lado, se encuentran los problemas exteriorizados donde incluyen las escalas de Inatención (ATE) .91, Hiperactividad-impulsividad (HIP) .85, Problemas de control de la ira (IRA) .83, Agresión (AGR) .81, Conducta desafiante (DES) .71 y Conducta antisocial (ANT) .63. Así mismo se haya un apartado más donde se encuentran otros problemas como son problemas de la conducta alimentaria (ALI) .80, Esquizotipia (ESQ) .78, Consumo de sustancias (SUS) .72. Por último en esta sección se localizan los problemas contextuales compuesto por las escalas Problemas familiares (FAM) .79, Problemas con la escuela (ESC) .80 y Problemas con los compañeros (COM) .83. En cuanto a la segunda escala, la de vulnerabilidades, permite evaluar otro tipo de dificultades específicas como son la búsqueda de sensaciones (BUS) .87 y Problemas de regulación emocional (REG) .86. El tercer y último bloque está integrado por las escalas de recursos personales que incluyen Autoestima (AUT) .82, Integración y competencia social (SOC) .84 y Conciencia de los problemas (CNC) .80. Por último, este instrumento permite obtener varios índices: Índice global de problemas (GLO) .97, Índice de problemas emocionales (EMO) .95, Índice de problemas conductuales (CON) .90, Índice de problemas en las funciones ejecutivas (EJE) .94, Índice de problemas contextuales (CTX) .90 e Índice de recursos (REC) .89. Los valores del coeficiente alfa obtenidos para las escalas se sitúan por encima de .63 en todos los casos y por encima de .80 muy frecuentemente como se puede comprobar al lado de cada escala. Para concluir, comentar que el SENA se elaboró para dar respuesta a la evaluación de la psicopatología infanto-juvenil tanto para el contexto clínico como educativo.

Procedimiento

El criterio para elegir los centros educativos fue la accesibilidad que se proporcionó para poder realizar la investigación. El principal requisito para empezar el estudio fue que la directora y los padres o tutores legales de los menores firmaron una carta de autorización. La aplicación de los cuestionarios se realizó en las aulas de forma presencial y colectiva. La evaluación en el colegio La Salle Sagrado Corazón fueron los días 20 y 21 de diciembre en el intervalo de 8:30 a 13:00 horas. Cumplimentaron los test un total de cinco aulas, con una duración media de 50 minutos. Así mismo, los días 23 y 24 de febrero se procedió a la evaluación en el colegio La Salle San José en el intervalo de 10:00 a 13:00. Rellenaron los cuestionarios dos aulas en una hora aproximadamente. En todo momento se encontró una Psicóloga en formación del Máster en Psicología General Sanitaria, quien dio las explicaciones pertinentes acerca del estudio. La confidencialidad y el anonimato de los datos fue garantizado. Por último, se les pidió que contestaran con sinceridad, informando de que no existían malas respuestas, con el objetivo de disminuir la ansiedad que pudieran tener hacia la evaluación.

Análisis de datos

Una vez codificados los datos recogidos mediante los cuestionarios, a continuación, se llevaron a cabo una serie de análisis estadísticos en el programa IBM SPSS (versión 22) con el objetivo de contrastar las hipótesis del presente estudio.

En relación con los objetivos se empleó la correlación de Pearson para analizar la relación entre variables. Se empleó un análisis de regresión lineal para estudiar el carácter predictivo de las dimensiones del clima familiar para el desarrollo de problemas emocionales-conductuales y mecanismos de afrontamiento. Se utilizó el método de regresión por pasos hacia delante para seleccionar las variables predictoras que mejor se ajustaban al modelo. Cada modelo se inició incluyendo como predictora la variable clima familiar. A continuación se ajustó un segundo modelo con las variables finales retenidas en el análisis de regresión por pasos; son estos los resultados que se presentan. Posteriormente se comprobaron los supuestos del modelo.

Resultados

En primer lugar, se realizó un análisis de correlación entre las subescalas del clima familiar con el fin de contrastar la primera hipótesis del presente estudio. Estos resultados indicaron una correlación positiva entre cohesión y expresividad ($r = .475$; $p < .001$). Así mismo, se encontró correlación inversa entre las puntuaciones totales de las subescalas cohesión y conflicto ($r = -.377$; $p < .001$) y entre las subescalas expresividad y conflicto ($r = -.216$; $p =$

.003). Estos resultados indican que a mayor cohesión en las familias mayor expresividad y menores conflictos. De la misma manera, a mayor expresividad emocional menores conflictos.

Posteriormente, se calculó un análisis de correlación entre los problemas emocionales-conductuales y los mecanismos de afrontamiento con el objetivo de investigar la relación que existe entre estas variables, es decir, la segunda hipótesis del presente estudio. Los resultados encontrados mostraron relaciones significativas positivas entre los problemas emocionales y conductuales con problemas de regulación emocional, así como una correlación significativa negativa con autoestima y competencia social. También se encontró correlación negativa entre problemas de regulación emocional con autoestima y competencia social. Además, se observó una relación significativa positiva entre la autoestima y la competencia social. En definitiva, los resultados confirman nuestra hipótesis, los problemas emocionales y conductuales están relacionados entre sí, y con los mecanismos de afrontamiento. Se halló la intensidad de correlación más elevada entre problemas emocionales y problemas de regulación emocional ($r = .831$; $p < .001$). Así mismo, se ha visto que a mayor autoestima, mayor competencia social en los adolescentes y viceversa (Véase tabla 1).

Tabla 1. *Correlaciones entre problemas emocionales-conductuales y mecanismos de afrontamiento(N=101)*

	Emocionales	Conductuales	Regulación	Autoestima	Competencia
Emocionales	-	,550**	,831**	-,633**	-,409**
Conductuales		-	,554**	-,448**	-,246*
Regulación			-	-,590**	-,268**
Autoestima				-	,533**
Competencia					-

* $p < .05$; ** $p < .01$ calculó un análisis de correlación entre clima familiar, problemas emocionales-conductuales y mecanismos de afrontamiento con el fin de contrastar la tercera hipótesis. Con este análisis se espera encontrar que los sujetos que presenten un clima familiar favorable manifiesten menores problemas emocionales-conductuales y de regulación emocional, así como mayor autoestima y competencia social. Se encontró que hay una correlación inversa entre cohesión, problemas emocionales-conductuales y de regulación emocional. Además, se ha observado una correlación inversa entre expresividad, problemas emocionales-conductuales y de regulación emocional. Así mismo, se ha observado una correlación positiva entre cohesión y expresividad con autoestima y competencia social, siendo la intensidad de la correlación más elevada entre cohesión y autoestima ($r = .467$; $p < .001$). También se ha observado correlación positiva entre la puntuación total de conflicto y problemas conductuales, así como correlación

inversa entre conflictos, autoestima y competencia social. En definitiva, a mayor cohesión y expresividad, menores problemas emocionales-conductuales y de regulación emocional, como también mayor autoestima y competencia social. En cuanto al conflicto, cuanto mayor sea en la familia, mayores problemas conductuales desarrollan los adolescentes y tendrán una menor autoestima y competencia social (Véase tabla 2).

Tabla 2. *Correlaciones entre clima familiar, problemas emocionales-conductuales y mecanismos de afrontamiento(N=101)*

Clima familiar	Problemas y M. afrontamiento				
	Emocionales	Conductuales	Regulación	Autoestima	Competencia
Cohesión	-,378**	-,406**	-,381**	,467**	,298**
Expresividad	-,395**	-,283**	-,302**	,385**	,283**
Conflicto	,161	,328**	,116	-,355**	-,228*

*p<.05 ; **<p.01

A continuación, se calculó un análisis de correlación entre el clima familiar y las variables específicas de los problemas emocionales y conductuales con el fin de contrastar la cuarta hipótesis. Se ha encontrado una correlación inversa entre cohesión y las subescalas de depresión, ansiedad, somatización, trauma, atención, control de ira, agresión, conducta desafiante y conducta antisocial. A su vez, se ha observado una correlación inversa entre expresividad y depresión, ansiedad, somatización, trauma, atención, hiperactividad, control de ira, agresión y conducta desafiante. En ambas variables del clima familiar coincidieron los problemas emocionales específicos. Así mismo, se observó correlación positiva entre conflicto y depresión, control de ira, agresión, conducta desafiante y conducta antisocial; todas estas variables pertenecen a la subescala específica de los problemas conductuales salvo la depresión. La intensidad de la correlación más elevada se ha observado entre cohesión y depresión ($r = -.557$; $p < .001$), siendo significativa la depresión en todas las variables del clima familiar (Véase tabla 3).

Tabla 3. Correlaciones entre clima familiar y las subescalas de problemas emocionales y conductuales(N=101)

Clima familiar	Subescalas problemas emocionales y conductuales											
	DEP	ANS	ASC	SOM	PST	OBS	ATE	HIP	IRA	AGR	DES	ANT
Cohesión	-,557**	-,339**	-,142	-,203*	-,421**	-,089	-,308**	-,192	-,309**	-,282**	-,337**	-,394**
Expresividad	-,463**	-,395**	-,174	-,318**	-,366**	-,150	-,347**	-,243*	-,297**	-,197*	-,304**	-,145
Conflicto	,256**	,117	,179	,092	,141	,015	,104	,066	,283**	,326**	,249*	,208*

*p<.05 ; **<p.01
 DEP:Depresión; ANS:Ansiedad; ASC:Ansiedad social, SOM:Somatización; PST:Estrés postraumático;
 OBS:Obsesión; ATE:Atención; HIP:Hiperactividad; IRA:Control de ira; AGR:Agresión; DES:Conducta desafiante;
 ANT: Conducta antisocial

Por último, se ajustó una serie de modelos de regresión lineal para conocer qué variables del clima familiar predicen mejor la aparición y/o mantenimiento de los problemas emocionales-conductuales y el desarrollo de mecanismos de afrontamiento. Al analizar los resultados, las subescalas cohesión y expresividad del clima familiar permiten mejorar significativamente la predicción de los problemas emocionales ($F(2, 98) = 12.486; p < 0,001; r^2 = 0,187$). A su vez, se encontró que las subescalas cohesión y conflicto de la dinámica familiar permiten mejorar significativamente la predicción de los problemas conductuales en los adolescentes ($F(2, 98) = 12.263; p < 0,001; r^2 = 0,184$). Así mismo, la subescala cohesión del clima familiar permite mejorar significativamente la predicción de problemas de regulación emocional en los adolescentes ($F(1, 99) = 16.777; p < 0,001; r^2 = 0,136$). Como se puede comprobar, las subescalas cohesión, expresividad y conflicto permiten mejorar significativamente la predicción de la autoestima ($F(3, 97) = 13.010; p < 0,001; r^2 = 0,265$). Por último, se encontró que la subescala cohesión permite mejorar significativamente la predicción de la competencia social ($F(1, 99) = 9.660; p < 0,002; r^2 = 0,080$). Se observó que la cohesión es la variable que permiten predecir de manera significativa los problemas emocionales, conductuales y todos los mecanismos de afrontamiento (Véase tabla 4).

Tabla 4. *Tabla de relaciones entre los problemas emocionales-conductuales y de regulación emocional con el clima familiar (N=101)*

	B	t	Sig.
P. emocionales			
Cohesión	-,358	-2,402	,018
Expresividad	-,378	-2,715	,008
P. conductuales			
Cohesión	-,378	-3,372	,001
Conflicto	,285	2,087	,039
P. regulación emocional			
Cohesión	-,593	-4,096	,000
Autoestima			
Cohesión	,463	2,876	,005
Expresividad	,294	2,065	,042
Conflicto	-,383	-2,163	,033
Competencia social			
Cohesión	,371	3,108	,002

Discusión y conclusiones

Las dimensiones de las relaciones del clima familiar están relacionadas entre sí, indicando que los adolescentes que perciben cohesión en sus hogares también tienden a experimentar alta expresividad emocional y bajos conflictos en el ambiente familiar. Esto indica que los adolescentes sienten que cuando la familia está unida y los miembros hablan de sus sentimientos, los conflictos disminuyen, refiriéndose a este ambiente dentro del hogar como un buen clima familiar. Estos datos se ven confirmados en la investigación de Sánchez, Parra y Prieto (2005) donde se ha comprobado que altos niveles de cohesión y bajos conflictos ayudan a predecir la satisfacción vital de los menores. Además, estos autores manifiestan que los adolescentes que perciben en sus familias altos conflictos y baja expresividad emocional, tienen un mayor afecto negativo. A su vez, Parra y Oliva (2002) observaron en sus investigaciones que altos niveles de conflicto afectan a la cohesión de la familia y tienen un efecto desfavorable sobre el crecimiento del menor.

Musitu et al., (2001) en su investigación plantearon una pregunta sobre qué grado de cohesión familiar es el ideal para ser funcional y qué nivel llevaría a la familia a ser disfuncional. Según estos autores, el ambiente familiar más idóneo donde la familia puede desempeñar un rol socializador, de unión y apoyo se define por un alto grado de cohesión en el caso de que los niños estén creciendo. Cuando los hijos se vuelven adolescentes, sucede un cambio, buscan un grado más equilibrado de unión para poder así formar su propia identidad y fomentar su independencia. Por tanto, este aspecto podría explicar la importancia de la cohesión familiar para los hijos, y la necesidad de adaptar el grado de unión al ciclo vital en el que se encuentre el menor, no siempre siendo adaptativo el mismo nivel. En la línea de los resultados encontrados en la presente investigación, tanto el estilo de comunicación entre padres e hijos

como la presencia de conflictos en el hogar son variables que influyen de manera significativa en la adaptación del menor al medio, sin embargo, es la cohesión la que muestra incluso una mayor relevancia. Los vínculos afectivos entre los miembros de la familia es un factor clave relacionado con la etapa del ciclo vital en la que se encuentra el adolescente.

La presente investigación muestra la relación que existe entre la percepción de un buen clima familiar y el ajuste emocional como conductual del adolescente. De esta manera, los datos indican que cuando el clima familiar es negativo por la falta de cohesión y por dificultades en la comunicación entre subsistemas, una forma que tienen los adolescentes de afrontarlo es mediante los problemas emocionales, conductuales y de regulación emocional. En cambio, los datos muestran que la presencia de un ambiente conflictivo no está relacionado con problemas emocionales ni de regulación emocional, pero sí con los problemas conductuales. Parece ser que la cohesión y expresividad emocional son variables significativas a la hora de desarrollar o prevenir dificultades emocionales y conductuales, sin embargo, el conflicto no parece ser relevante para los problemas emocionales. Nuestros resultados difieren de los obtenidos por (Flouri y Buchanan ,2003) que halló relaciones significativas entre conflictos dentro del sistema familiar y los problemas emocionales y conductuales. Por tanto, nuestra hipótesis se confirma parcialmente.

La dinámica familiar de ayuda y apoyo que forjen los padres hacia los hijos ayudará a que estos afronten de manera más sana las dificultades de la vida cotidiana sin tener que desarrollar ningún tipo de problemática. El ambiente familiar se convierte en un factor de protección a la hora de desarrollar problemas emocionales-conductuales y de regulación emocional. Según el estudio de Gil-Olarte, Guil, Serrano y Larrán (2014), en la medida en que el subsistema parental cubre las necesidades de sus hijos y permite expresar las emociones en familia, la predisposición a desarrollar problemas de regulación emocional disminuye, claramente en consonancia con nuestros hallazgos. Así mismo, los resultados hallados en el estudio de Estévez et al., (2008) indican que cuando los adolescentes crecen en un clima familiar donde se fomenta la cohesión, se está potenciando el ajuste conductual y la competencia social del adolescente, claramente en la línea de nuestra conclusión. En definitiva, los resultados del presente estudio van en la línea de investigaciones previas en las que observan la importancia de un clima familiar positivo para un ajuste integral del adolescente tanto a nivel emocional como conductual (Pichardo y Amezcua, 2001; Estévez et al., 2008).

A partir de la evidencia empírica es posible concluir que el clima familiar se relaciona de manera significativa con la autoestima y la competencia social, esto indica que cuando los adolescentes perciben cohesión en su familia, se habla de los sentimientos y no abundan los conflictos, tienen una mayor autoestima y competencia social, confirmando así nuestra hipótesis

de estudio. Cooper (1983) planteó que la cohesión familiar, cuando se evalúa a través de la impresión de los adolescentes, influye de manera considerable en la autoestima. De esta manera, claramente en consonancia con nuestros resultados se halla el estudio de Pichardo et al., (2002), el cual indica que excesivos conflictos en la familia se relacionan con una baja autoestima y una pobre competencia social. Así mismo, los resultados de nuestro estudio apuntan en la misma dirección que la investigación de Mestre, Samper y Pérez (2001) los cuales encuentran relación positiva entre el nivel de clima familiar y autoestima. Concretamente, Musitu et al., (2001) muestran la importancia de la expresividad emocional dentro del sistema familiar, ya que una escasa comunicación entre padres e hijos está asociada con bajos niveles de autoestima en los adolescentes, corroborando así nuestros datos. Sin embargo, nuestros resultados difieren de los obtenidos por Pichardo et al., (2002), ya que indica que la percepción de competencia social de los adolescentes era mayor cuando la cohesión entre los miembros de la familia era menor. Explicaban cómo las relaciones que se establecían entre iguales eran más esenciales cuando el clima familiar no era el adecuado. En cambio, Verdugo et al., (2014) mostró que a mayor cohesión familiar, el adolescente mostraba mayor capacidad de adaptación social, apuntando así en la misma dirección que nuestro estudio.

Los resultados obtenidos al comprobar si la autoestima está relacionada con la competencia social concuerdan con los reportes de investigaciones anteriores (Garaigordobil, Cruz y Pérez, 2003), los cuales muestran que los adolescentes con alta autoestima desarrollan mejor capacidad para mantener relaciones interpersonales con sus iguales, es decir, poseen mayor competencia social. Por tanto, nuestra hipótesis se confirma.

Por otra parte, al estudiar la relación entre los mecanismos de afrontamiento de los adolescentes, se ha descubierto que existe correlación inversa entre regulación emocional y la autoestima como competencia social, manifestando así que los sujetos que presentan problemas de regulación emocional informan tener una menor autoestima y competencia social. Estos resultados convergen con otros estudios como el de Bermúdez, Teva y Sánchez (2003) y Rendón (2007).

Al estudiar la relación entre los problemas emocionales-conductuales y de regulación emocional, se ha observado que los problemas emocionales se encuentran directamente relacionados con los problemas conductuales y de regulación emocional. Esto puede deberse a que los adolescentes cuando sufren dificultades emocionales las expresan mediante la conducta, por lo que ambas se relacionan entre sí. Según el estudio de Hervás (2011), un déficit emocional puede alimentar problemas de regulación emocional, de forma que el comportamiento del adolescente dependen de la capacidad que este posea para regularse emocionalmente. De esta

manera, esto puede deberse a que los adolescentes que tienen dificultades a la hora de regularse emocionalmente lo expresan mediante la conducta.

Por otro lado, al analizar la relación entre los problemas emocionales-conductuales y los mecanismos de afrontamiento de los adolescentes. Se ha encontrado que existe relación significativa entre estas variables, observando de esta manera que los sujetos que presentan problemas emocionales y conductuales informan tener una menor autoestima y competencia social. En la línea de nuestros resultados, el estudio de Garaigordobil, Durá y Pérez (2005) evidencia que los sujetos con alta autoestima presentan menor sintomatología psicopatológica como también menores problemas conductuales según sus padres. Esto puede deberse a que en los jóvenes la autoestima fluctúa en función de los éxitos o fracasos que experimentan, es decir, las reacciones emocionales se perciben con mayor intensidad cuando el fracaso pone en duda su autoestima (Rodríguez y Caño, 2012). Los adolescentes suelen ejecutar conductas dirigidas a satisfacer su autovalía, por lo que cuando los resultados son positivos las emociones que surgen son agradables fortaleciendo así su autoestima (Dubois y Tevendale, 1999), en cambio cuando no son los esperados pueden desarrollar problemas emocionales y/o conductuales y por consecuencia una baja autoestima. En la línea de nuestras conclusiones respecto a la competencia social, el estudio de Musitu et al., (2001) encontró que las conductas agresivas en los adolescentes están relacionadas con el rechazo de los iguales, lo cual denota una baja competencia social.

En cuanto a la sintomatología específica de los problemas emocionales y conductuales, se ha analizado qué relación mantienen con las dimensiones de las relaciones del clima familiar. Los resultados del estudio permiten concluir que un clima familiar positivo, donde los adolescentes perciben una alta cohesión como expresividad y bajos conflictos, se relaciona de manera significativa con la depresión, control de ira, agresión y conducta desafiante. En la línea de nuestros resultados, Pérez, et al., (2007) encontraron relación entre disfunción familiar y síntomas depresivos. De esta forma, un clima conflictivo entre los miembros del hogar se convierten en uno de los principales motivos para generar problemas de comportamiento, exceptuando la depresión que pertenece al grupo de problemas emocionales. Así mismo, los datos de nuestro estudio muestran correlación inversa entre cohesión y expresividad con las subescalas específicas de ansiedad, somatización, estrés postraumático y atención. Por otro lado, los resultados indican que a mayor expresividad emocional los problemas de hiperactividad son menores. Montiel-Nava, Montiel-Barbero, y Peña (2005) estudiaron las relaciones entre la sintomatología del trastorno por déficit de atención e hiperactividad y el clima familiar, encontrando que la gravedad en las conductas de estos jóvenes estaba directamente asociada con bajos niveles de cohesión, expresividad e independencia, coincidiendo únicamente con nuestros resultados en la variable expresividad. Además, se puede concluir que una alta cohesión y bajos

conflictos en la familia se relacionan con menores problemas de conducta antisocial. En consonancia con nuestro estudio, Slee (1996) comprobó en su investigación que las madres de jóvenes que mostraban tener conducta antisocial percibían en su familia baja cohesión y abundantes conflictos.

En cuanto a la depresión, ha sido la subescala que mayor intensidad de correlación ha mostrado entre todas las sintomatologías específicas. El grado de correlación ha sido alto con las variables cohesión y expresividad pertenecientes al clima familiar. A favor de nuestro estudio se encuentra el de Ostrander, Weinfurt y Nay (1998), observaron que los síntomas depresivos estaban relacionados con variables del clima familiar, siendo la cohesión el factor determinante a la hora de manifestar síntomas depresivos. En la misma línea, López, Barrera, Cortés, Guines y Jaime (2011) encontraron que las familias con baja cohesión y baja adaptación presentaban niveles altos de depresión y ansiedad, corroborando de esta manera nuestros resultados.

En relación al último objetivo, siendo el clima familiar la variable predictora del presente estudio, se puede concluir que la variable cohesión mejora la predicción de los problemas emocionales-conductuales, de regulación emocional, la autoestima y la competencia social. Así mismo, la variable expresividad aumenta la predicción de los problemas emocionales y la autoestima, así como el conflicto ayuda a predecir los problemas conductuales y la autoestima. Estos resultados se ven confirmados con el estudio de Maycoln, et al., (2014) ya que observaron que los problemas emocionales correlacionaban de manera positiva tanto con la afectividad como con la expresividad emocional y por otro lado, hallaron que los problemas conductuales se relacionaban de manera significativa con el conflicto, claramente en consonancia con nuestro estudio.

Por todo ello, la conclusión a la que se ha llegado con este trabajo es que en una familia cuando el adolescente percibe que hay alta cohesión entre los miembros, también siente que hay una alta expresividad y en cambio, percibe que existen bajos conflictos. A su vez, las tres dimensiones del clima familiar están relacionadas con los problemas conductuales, la autoestima y la competencia social. En cambio, se puede concluir que las variables de cohesión y expresividad se relacionan de manera significativa con los problemas emocionales y de regulación emocional. En definitiva, se ha comprobado que la variable conflicto sí es significativa y predice los problemas conductuales pero no los emocionales, siendo esta una conclusión interesante del presente estudio. Esto puede deberse al aprendizaje por imitación de los adolescentes en el contexto familiar, provocando el conflicto como una manera de solucionar sus propias dificultades. A su vez, se ha comprobado que la depresión es la sintomatología específica que mayor intensidad de correlación ha mostrado en relación al clima

familiar. Además, se ha encontrado que los mecanismos de afrontamiento (problemas de regulación emocional, autoestima y competencia social) se relacionan de manera significativa tanto con los problemas emocionales como conductuales, siendo otra conclusión de interés. Por último, se ha observado que la variable cohesión ayuda a predecir mejor los problemas emocionales-conductuales y los tres mecanismos de afrontamiento, siendo una conclusión interesante de nuestro estudio.

Como limitaciones del presente estudio, a pesar de tener una amplia muestra, se destacaría el nivel socio-económico medio de los adolescentes y sus familias, así como el intervalo reducido de edad de la muestra (de 12 a 13 años), dificultando así la representatividad de ésta. Por la poca variabilidad de la muestra se dificulta la generalización de los resultados.

Otra limitación sería el no haber considerado la estructura familiar ni el número de personas que conviven en casa. Pueden ser variables influyentes en el clima familiar de los adolescentes. Así mismo, la investigación se ha realizado desde la perspectiva del adolescente exclusivamente, falta por conocer la visión de los padres o hermanos para aumentar la fiabilidad de los datos y poder evaluar cuanto de parecidas son las opiniones entre unos y otros.

Como propuesta de futuras investigaciones, sería recomendable considerar la estructura familiar y los miembros que componen la familia nuclear, así como el número de hermanos, el sexo y el orden de la fratría, con el fin de estudiar si influyen estos factores en el clima familiar. Así mismo, sería recomendable ampliar la edad de la muestra y evaluar adolescentes que pertenezcan a diferentes niveles socioeconómicos. Por último, sería interesante conocer la opinión de los padres acerca del clima familiar en el que viven para poder comparar la perspectiva de ambos subsistemas acerca del ambiente familiar.

Referencias bibliográficas

- Aláez Fernández, M., Martínez-Arias, R., y Rodríguez-Sutil, C. (2000). Prevalencia de trastornos psicológicos en niños y adolescentes, su relación con la edad y el género. *Psicothema*, 12(4), 525-532. Descargado en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2008027>
- Alarcón, D., y Bárrig, P. (2015). Conductas internalizantes y externalizantes en adolescentes. *Liberabit*, 21(2), 253-259. Descargado en: http://revistaliberabit.com/es/revistas/RLE_21_2_conductas-internalizantes-y-externalizantes-en-adolescentes.pdf
- Aragón, L.E., y Bosques, E. (2012). Adaptación familiar, escolar y personal de adolescentes de la Ciudad de México. *Enseñanza e Investigación en Psicología*, 17(2), 263-282. Descargado en: <http://www.cneip.org/documentos/16.pdf>
- Baldwin, L.M., Epstein, N.B. y Bishop, D.S. (1983). The McCaster Family Assesement device. *Journal of Marital and Family Therapy*, 9, 171-180.
- Bermúdez, MP., Teva, I. y Sánchez, A. (2003). Análisis de la relación entre inteligencia emocional, estabilidad emocional y bienestar psicológico. *Universitas Psicológica Bogotá*, 2(1), 27-32.
- Bisquerra, R., y Pérez, N. (2007). Las competencias emocionales. *Educación XXI*, 10, 61-82.
- Bonvehí, C., Llar, S.I., Forns, M., y Montserrat, F. (1996). Estudio del clima familiar de los futuros padres adoptivos mediante la escala de Moos y Moos. *Anuario de psicología/The UB Journal of psychology*, 71, 51-62.
- Bragado, C., Carrasco, I., Sánchez-Bernardos, M., Bersabe, R., Loriga, A., y Monsalve, T. (1995). Prevalencia de los trastornos psicopatológicos en niños y adolescentes: resultados preliminares. *Clínica y Salud*, 6 (1), 67-82.
- Cooper, J.E. (1983). Self-esteem and family cohesión: The child's perspective and adjustment. *Journal of Married and the Family*, 2, 153-158.
- Chermack, T., y Walton, M. (1999). The relationship between family aggression history and expressed aggression among college males. *Aggressive Behavior*, 25, 255-267.
- De la Torre, M. J., Casanova, P. F., García, M. C., Carpio, M. V. y Cerezo, M. T. (2011). Estilos educativos paternos y estrés en estudiantes de educación secundaria obligatoria. *Psicología Conductual*, 19, 577-590.

- Dubois, D.L., y Tevendale, H.D. (1999). Self-esteem in childhood and adolescence: Vaccine or epiphenomenon?. *Applied and Preventive Psychology*, 8, 103-117.
- Estévez, E., Moreno, D., Murgui, S., y Musitu, G., (2008). Clima familiar, clima escolar y satisfacción con la vida en adolescentes. *Revista mexicana de psicología*, 25(1), 119-128. Descargado en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=243016300009>
- Fernández-Pinto, I., Santamaría, P., Sánchez-Sánchez, F., Carrasco, M.Á., y del Barrio, V. (2015). *Sistema de Evaluación de Niños y Adolescentes*. SENA. Manual. Madrid: TEA.
- Ferragut, M., y Fierro, A. (2012). Inteligencia emocional, bienestar personal y rendimiento académico en adolescentes. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 44(3), 95-104.
- Ferrer, P., Miscán, A., Pino, M., y Pérez, V. (2013). Funcionamiento familiar según el modelo Circumplejo de Olson en familias con un niño que presenta retardo mental. *Revista Enfermería Herediana*, 6(2), 51-58. Recuperado de <http://www.upch.edu.pe/vrinve/dugic/revistas/index.php/RENH/article/viewFile/1793/1804>
- Flouri, E., y Buchanan, A. (2003). The role of father involvement in children's later mental health. *Journal of Adolescence*, 26, 63-78. Descargado en: <http://www.pubpdf.com/pub/12550822/The-role-of-father-involvement-in-childrens-later-mental-health>
- Fonseca-Pedrero, E., Paino, M., Lemos-Giráldez, S., y Muñiz, J. (2011). Prevalencia de la sintomatología emocional y comportamental en adolescentes españoles a través del Strengths and Difficulties Questionnaire (SDQ). *Revista de Psicopatología y Psicología clínica*, 16(1), 17-25. Descargado en: <http://revistas.uned.es/index.php/RPPC/article/view/10348>
- Freedman, G. (1980). *Family and environment: An Ecosystem Perspective*. Minneapolis: Burgess Publishing Co.
- Garaigordobil, M., Cruz, S., y Pérez, J. I. (2003). Análisis correlacional y predictivo del autoconcepto con otros factores conductuales, cognitivos y emocionales de la personalidad durante la adolescencia. *Estudios de psicología*, 24(1), 113-134.
- Garaigordobil, M., Durá, A., y Pérez, J. I. (2005). Síntomas psicopatológicos, problemas de conducta y autoconcepto-autoestima: Un estudio con adolescentes de 14 a 17 años. *Anuario de Psicología Clínica y de la Salud*, 1, 53-63.

- Gil-Olarte, P., Guil, R., Serrano, N., y Larrán, C. (2014). Inteligencia emocional y clima familiar. *International Journal of Developmental and Educational Psychology*, 2 (1), 104-418. Descargado en : <http://www.infad.eu/RevistaINFAD/OJS/index.php/IJODAEP/article/view/456>
- Goleman, D. (1995). *Emotional Intelligence*. Nueva York: Bantam Books.
- Goleman, D. (2001). Emotional Intelligence: Issues in Paradigm Building. In C. Cherniss, y D. Goleman (Eds.), *The Emotional Intelligence Workplace*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Hervás, G. (2011). Psicopatología de la regulación emocional: el papel de los déficit emocionales en los trastornos clínicos. *Psicología Conductual*, 19(2), 347-372. Descargado en: <http://search.proquest.com/openview/af67eaa636d6e018618f82d914da42f9/1?pq-origsite=gscholar&cbl=966333>
- Hervás, G., y Jódar, R. (2008). Adaptación al castellano de la Escala de Dificultades en la Regulación Emocional [The Spanish version of the Difficulties in Emotion Regulation Scale]. *Clínica y Salud*, 19(2), 139-156. Descargado en: <http://scielo.isciii.es/pdf/clinsa/v19n2/v19n2a01.pdf>
- Hervás, G., y Vázquez, C. (2006). La regulación afectiva: modelos, investigación e implicaciones para la salud mental y física. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 59, 9-36.
- Hetherington, E.M. (1989). Coping with family transitions: Winners, Losers, and survivors. *Child Development*, 60, 1-14.
- Kemper, S. (2000). *Influencia de la práctica religiosa y del género de la familia sobre el Clima Social Familiar*. (Tesis de maestría). Universidad de Peru. Lima.
- Lara-Cantu, M.A., Verduzco, M.A., Acevedo, M., y Cortés, J. (1993). Validez y confiabilidad del inventario de autoestima de Coopersmith para adultos, en población mexicana. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 25(2), 247-255.
- Latimer, W. y Zur, J. (2010). Epidemiologic trends of adolescent use of alcohol, tobacco, and other drugs. *Child y Adolescent Psychiatric Clinics of North America*, 19(3), 451-464.
- Liebman, R., Minuchin, S., y Baker, L. (1974). The use of structural family therapy in the treatment of intractable asthma. *American Journal of Psychiatry*, 131(5), 535-540. Descargado en: <http://ajp.psychiatryonline.org/doi/abs/10.1176/ajp.131.5.535>

- Liu, Y. (2003). Parent-child interaction and children's depression: The relationship between parent-child interaction and children's depressive symptoms in Taiwan. *Journal of Adolescence*, 26, 447-457.
- López Soler, C., Alcántara, M., Fernández, V., Castro, M., y López Pina, J. A. (2010). Características y prevalencia de los problemas de ansiedad, depresión y quejas somáticas en una muestra clínica infantil de 8 a 12 años, mediante el CBCL (Child Behavior Checklist). *Anales de psicología*, 26(2), 325-334. Descargado en: <http://revistas.um.es/analesps/article/viewFile/109301/103931>
- López, M. (2014). El ciclo vital familiar. En Moreno, A (Ed.) *Manual de Terapia Sistémica. Principios y herramientas de intervención* (pp.63-97). Bilbao: Desclée de Brouwer.
- López, M.T., Barrera, M.I., Cortés, J.F., Guines, M., y Jaime, M. (2011). Funcionamiento familiar, creencias e inteligencia emocional en pacientes con trastorno obsesivo compulsivo y sus familiares. *Salud Mental*, 34,111-120.
- Masten, A. S., Coatsworth, J.D., Neemann, J., Gest, S.D., Tellegen, A., y Garmezy, N. (1995). The structure and coherence of competence from childhood through adolescence. *Child Development*, 66(6), 1635-1659.
- Maycoln, T., Binsfeld, A. R., Alvim, L., y Moraes, B. (2014). Problemas emocionales y de comportamiento y clima familiar en adolescentes y sus padres. *Psicosis (Porto Alegre)*, 45(2), 168-175.
- Mayer, J. D., DiPaolo, M. T., y Salovey, P. (1990). Perceiving affective content in ambiguous visual stimuli: A component of emotional intelligence. *Journal of Personality Assessment*, 54, 772-781.
- Mestre, J. M., Güil, R., y Guillén, C. (2003). Clima familiar e inteligencia emocional percibida. *Encuentros en Psicología Social*, 5, 291-292.
- Mestre, V., Samper, P., y Pérez, E. (2001). Clima familiar y desarrollo del autoconcepto. Un estudio longitudinal en población adolescente. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 33(3), 243-259. Descargado en: <http://redalyc.org/articulo.oa?id=80533301>
- Mikulic, I. (2010). *Algunas consideraciones acerca del concepto de Clima Familiar y su evaluación*. Ponencia presentada ante la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires. Descargado en: http://23118.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/informacion_adicional/obligatorias/059_psicometricas1/tecnicas_psicometricas/archivos/ficha_4.pdf

- Millan, M. A., y Serrano, S. (2002). *Psicología y familia*. Madrid: Cáritas Española.
- Ministerio de Sanidad y Política Social. (2006). *Encuesta Nacional de Salud de España 2006*. Madrid. Descargado el 23/11/2016; <http://www.msc.es/estadEstudios/estadisticas/encuestaNacional/encuesta2006.htm>.
- Minuchin, S. (1984). *Técnicas de terapia familiar*. Barcelona: Paidós.
- Minuchin, S., Rosman, B., Baker, L., y Liebman, R. (1978). *Psychosomatic Families*. Cambridge: Harvard University Press.
- Minuchin, S. (1979). *Familias y terapia familiar*. Barcelona: Gedisa.
- Montiel-Nava, C., Montiel-Barbero, I., & Peña, J. A. (2005). Clima familiar en el trastorno por déficit de atención-hiperactividad. *Psicología conductual*, 13(2), 297-310.
- Moos, R. H., Moos, B.S. y Trickett, E. J. (1989). *Escalas de Clima Social*. Manual. Adaptación Española. Madrid: TEA Ediciones. Fuente original: (Moos, R. (1974). *The Social Scale: An overview*. Palo Alto. California: Consulting Psychologists Press).
- Moos, R.H. (1974). *Combined preliminary manual: Family work and group environment scales manual*. Palo Alto, California: Consulting Psychologist Press.
- Moreno, D., Estévez, E., Murgui, S., y Musitu, G. (2009). Relación entre el clima familiar y el clima escolar: el rol de la empatía, la actitud hacia la autoridad y la conducta violenta en la adolescencia. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*, 9(1), 123-136. Descargado en: <http://www.uv.es/~lisis/david/psychological-therapy2.pdf>
- Musitu, G., Buelga, S. Lila, M. y Cava, M^aJ. (2001). *Familia y adolescencia*. Madrid: Síntesis.
- Nunes, M., Rigotto, D., Ferrari, H., y Marín, F.J. (2012). Soporte social, familiar y autoconcepto: relación entre los constructos. *Psicología desde caribe*, 29(1), 1-18.
- Olson, D., Russell, C., y Sprenkle, D. (1989). *Circumplex model: systemic assessment and treatment of families*. EE.UU: Editorial Routledge.
- Onnis, L. (1997). *La palabra del cuerpo*. Barcelona: Herder.
- Ortuño, J., Fonseca-Pedrero, E., Paño, M., y Aritio, R. (2014). Prevalencia de síntomas emocionales y comportamentales en adolescentes españoles. *Revista de Psiquiatría y Salud Mental*, 7(3), 121-130. Descargado en: <http://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S1888989113001304>

- Ostrander, R., Weinfurt, K.P., y Nay, W.R. (1998). The Role of Age, Family Support, and Negative Cognitions in the Prediction of Depressive Symptoms. *School Psychology Review*, 27, 121-137.
- Páez, D., Fernández, I., Campos, M., Zubieta, E., y Casullo, M. (2006). Apego seguro, vínculos parentales, clima familiar e inteligencia emocional: socialización, regulación y bienestar. *Ansiedad y estrés*, 12(2-3), 329-341. Descargado en: http://www2.uned.es/dpto-psicologia-social-y-organizaciones/paginas/profesores/Itziar/IE_AEstres06.pdf
- Parra, A. y Oliva, A. (2002). Comunicación y conflicto familiar durante la adolescencia. *Anales de psicología*, 12(2), 215-231.
- Pérez, A., Pérez, R., Martínez, M.L., Leal, F.J., Mesa, I., y Jiménez, I. (2007). Estructura y funcionalidad de la familia en la adolescencia: relación con el apoyo social, el consumo de tóxicos y el malestar psíquico. *Atención primaria*, 39(2), 61-7. Descargado en: <http://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0212656707708405>
- Pichardo, M.C., Fernández de Haro, E., y Amezcua, J.A. (2002). Importancia del clima social familiar en la adaptación personal y social de los adolescentes. *Revista de psicología general y aplicada: Revista de la Federación Española de Asociaciones de Psicología*, 55(4), 575-589. Descargado en: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/294345.pdf>
- Pichardo, M.C., y Amezcua, J.A. (2001). Importancia del autoconcepto y el clima familiar en la adaptación personal. *Revista Galego-Portuguesa de Psicoloxía e Educación*, 5 (7), 181-191. Descargado en: http://ruc.udc.es/dspace/bitstream/2183/6871/1/RGP_7-15.pdf
- Pillcorema, B.E. (2013). *Tipos de familia estructural y la relación con sus límites* (Tesis doctoral) [versión electrónica]. Ecuador: Universidad de Cuenca. Recuperado de: <http://dspace.ucuenca.edu.ec/bitstream/123456789/4302/1/Tesis.pdf>
- Raschke, H.J., y Raschke, V.J.(1979). Family conflict and children's self concepts; A comparison of intact and single-parent families. *Journal of Marriage and the Family*, 41, 367-374.
- Rendón Arango, M. I. (2007). Regulación emocional y competencia social en la infancia. *Diversitas*, 3(2), 349-363. Descargado en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=67930213>
- Rendón Arango, M. I. (2007). Regulación emocional y competencia social en la infancia. *Diversitas*, 3(2), 349-363.

- Rivero-Lazcano, N., Martínez-Pampliega, A., y Iraurgi, I. (2011). El papel funcionamiento y la comunicación familiar en los síntomas psicósomáticos. *Clínica y Salud*, 22(2), 175-186. Descargado en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=180621194006>
- Rodríguez, C., Herrera, L., Lorenzo, O., y Álvarez, J. (2008). El valor familiar en estudiantes universitarios de España: Análisis y clasificación. *Enseñanza e Investigación en Psicología*, 13(2), 215-230. Recuperado de: https://www.researchgate.net/profile/Oswaldo_Quiles/publication/40542711_El_valor_familia_en_estudiantes_universitarios_de_Espaa_anlisis_y_clasificacin/links/54b7ba210cf2bd04be33c228.pdf
- Rodríguez, C., y Caño, A. (2012). Autoestima en la adolescencia: análisis y estrategias de intervención. *Revista Internacional de Psicología y Terapia Psicológica*, 12(3), 389-403. Descargado en: <http://www.ijpsy.com/volumen12/num3/337/autoestima-en-la-adolescencia-anlisis-ES.pdf>
- Roosenberg, M. (1965). *Society and the Adolescent Self-Image*. Princeton, N.J: Princenton University Press.
- Salmerón, P. (2002). Evolución de los conceptos sobre inteligencia. Planteamientos actuales de la inteligencia emocional para la orientación educativa. *Educación XXI*, 5, 97-110. Descargado en: <http://revistas.uned.es/index.php/educacionXX1/article/view/385>
- Sánchez, F. S., Pinto, I. F., Santamaría, P., Ortiz, M. Á. C., y del Barrio Gándara, V. (2016). SENA, Sistema de Evaluación de Niños y Adolescentes: proceso de desarrollo y evidencias de fiabilidad y validez. *Revista de Psicología Clínica con Niños y Adolescentes*, 3(2), 23-34.
- Sánchez, M. T. (2007). *Inteligencia emocional autoinformada y ajuste perceptivo en la familia. Su relación con el clima familiar y la salud mental*. (Tesis doctoral). Universidad de Castilla-La Mancha. Cuenca.
- Sánchez, M.C, Parra, J., y Prieto, M.D (2005). La dimensión afectiva familiar: variables relevantes para el bienestar psicológico de estudiantes adolescentes. *Revista de Investigación Educativa*, 23(2), 469-482. Descargado en: <http://revistas.um.es/rie/article/view/98211/93911>
- Sánchez-Núñez, M. T., y Postigo, J. M. L. (2012). Inteligencia emocional y clima familiar. *Psicología Conductual*, 20(1), 103-117. Descargado en: https://www.researchgate.net/publication/263656705_Inteligencia_Emocional_y_Clima_Familiar

- Simon, F.B., Stierlin, H., y Wynne, L.C. (1988). *Vocabulario de terapia familiar*. Barcelona: Gedisa.
- Slee, P.T. (1996). Family climate and behavior in families with conduct disordered children. *Child psychiatry and human development*, 26, 255-265.
- Suárez, T., y Rojero, C.F. (1983). *Paradigma sistémico y terapia de familia*. Madrid: Asociación Española de Neuropsiquiatría.
- Verdugo, J. C., Arguelles, J., Guzmán, J., Márquez, C., Montes, R., y Uribe, I. (2014). Influencia del clima familiar en el proceso de adaptación social del adolescente. *Psicología desde el Caribe*, 31(2), 207-222. Descargado en: <file:///C:/Users/irenegilj/Downloads/6127-27385-1-PB.pdf>
- Waldo, G. (2001). *El clima familiar, su relación con los intereses vocacionales y los tipos caraterológicos de los alumnos de quinto. Año de secundaria de los colegios nacionales del distrito del RIMAC*. (Tesis doctoral). Universidad de Peru. Lima. Recuperado en: http://200.62.146.19/BibVirtualData/Tesis/Salud/Zavala_G_G/t_completo.pdf
- Zeidner, M., Matthews, G., Roberts, R. D., y MacCann, C. (2003). Development of emotional intelligence: towards a multi-level investment model. *Human development*, 46, 69-96.
- Zhou, Q., Eisenberg, N., Losoya, S. H., Fabes, R. A., Reiser, M., Guthrie, I. K., Murphy, B. C., Cumberland, A. J., y Shepard, S. A. (2002). The relations of parental warmth and positive expressiveness to children's empathy-related responding and social functioning: a longitudinal study. *Child Development*, 73, 893-915. Descargado en: <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pubmed/12038559>